

“Dios al encuentro del hombre”

Adolfo Ariza, Delegado de Catequesis de la Diócesis, comenzaba en el número anterior a desgranar los diferentes pasajes del Catecismo. Esta semana nos ofrece el comentario a la primera sección del capítulo segundo de la primera parte, dedicado a la revelación.

Para que el hombre pueda entrar en intimidad con Dios, éste ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger esa revelación en la fe. Dios sale al encuentro del hombre revelándose. Esta revelación se transmite pura e íntegra a lo largo de la historia en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura. La revelación de Dios es, por tanto, el objeto del capítulo segundo de la primera parte y primera sección del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Está estructurado dicho capítulo en tres secciones que responden a los temas de la revelación, la transmisión de la revelación y la Sagrada Escritura en estrecho contacto con la Constitución conciliar sobre la Revelación, *Dei Verbum*.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* propone la revelación divina de modo que se evita un doble escollo: evitar, en primer lugar, separar la revelación de la salvación, de la comunicación de la verdad divina. Y al mismo tiempo se evita verter toda la realidad de Dios en su actuar salvífico, en lo que podríamos llamar el aspecto económico. El misterio de Dios es misterio salvador, que afecta a todo el hombre – no sólo a su inteligencia – y le invita a penetrar en él, a entregarse a la voluntad amorosa de Dios; y por ser revelado, el misterio no se ilumina hasta el punto de desaparecer como tal misterio, sino que permanece misterio hasta la escatología.

LA PEDAGOGÍA DIVINA

El *Catecismo* enseña que el designio divino de la revelación se realiza “mediante acciones y palabras, íntimamente relacionadas y que se esclarecen mutuamente. Recoge así y sintetiza la enseñanza de *Dei Verbum*, n. 2. También se destaca la “pedagogía divina” de la revelación. Su comunicación al hombre es una comunicación gradual, por etapas que culminara en la Persona y misión del Verbo encarnado, Jesucristo (cf. CCE 53). Estas etapas son las que se describen inmediatamente después.

La revelación acontece gradualmente, en las alianzas que Dios sella con los hombres, para alcanzar su forma plena en Jesucristo. Él es la palabra universal y única de Dios. Su venida no suprime las alianzas anteriores, sino que les da cumplimiento. La transmisión de la revelación divina se produce a través de la tradición apostólica, que fluye hacia nosotros en la tradición escrita y oral a partir de la fuente única y originaria. La santa “herencia de la fe” se le confía a toda la Iglesia: es incumbencia del Magisterio velar por ella; el sentido de la fe de los creyentes la comprende siempre de nuevo y se la apropia en todo tiempo bajo la guía del Espíritu Santo.

También las explicaciones sobre la Sagrada Escritura se apoyan considerablemente en la Constitución *Dei Verbum*. Cristo es el centro de la Escritura, su palabra única, que se expresa en muchas palabras. En los pasajes sobre la inspiración y la interpretación de la Sagrada Escritura se trata de la combinación entre verdad divina e intención enunciativa humana, de la relación entre autoría humana y autoría divina. Se pone particular énfasis en la proposición central de la *Dei Verbum* (12): “La Sagrada Escritura se ha de leer e

interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”. Esto significa concretamente que a la interpretación eclesial de la Escritura no le pertenece sólo la atención esmerada a las condiciones históricas de la génesis del texto, sino también la inclusión del mismo en el conjunto de la Sagrada Escritura y de la tradición viviente. Además se ha de atender a la “analogía de la fe”, por cuyo medio se ponen en relación los acontecimientos salvíficos de que informa la Escritura con las experiencias de fe de la Iglesia, particularmente de los santos (cf. CCE 111-114).

Es de la máxima actualidad la cuestión acerca de la relación del Antiguo y el Nuevo Testamento (CCE 120-130). El Antiguo Testamento es verdadera palabra de Dios, no caduca a causa del Nuevo Testamento, más bien alcanza su cumplimiento. La lectura tipológica de la Escritura, empleada por descontento en la época de los Padres y en la Liturgia de la Iglesia hasta hoy, garantiza estas dos cosas: la significación propia de la antigua alianza y su referencia más allá de sí misma a la consumación en la nueva alianza y a la consumación final en el retorno del Señor.

Pie de foto; La revelación se transmite pura e íntegra a lo largo de la historia en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura.